

procedió como un asesino de profesion; y pagó sus bravos, y fingió sus trampas, y tramó la conjuración correspondiente, y mató á Guisa en su propia cámara real; rehabilitando con este crimen al rebelde ante la historia y envileciéndose él mas, si cabe, ante la conciencia universal. Despues de matar al duque mató al cardenal en su propio palacio y de idéntica traidora manera. Hecho esto se fué á ver á su madre, ya muy enferma, y le dijo: «Soy Rey de Francia y acabo de matar al Rey de Paris.» La capital se levantó en armas al ver quebrado su ídolo; y Enrique III en compañía de su cuñado el Rey de Navarra fué á sitiaria. Hallándose alojado en Saint-Cloud, un fraile conocido con el nombre de Santiago Clemente y excitado por la hermana del duque de Guisa, continuando aquella série de horribles crímenes, asesinó al Rey de una puñalada. La familia de los Valois desapareció con esta inmolación y fué á recaer la corona hereditaria en la familia calvinista por excelencia, en la familia de los Borbones de Navarra.

Paris, exaltadamente católico, y que odiaba de muerte á Enrique III, por sus complacencias con los hugonotes, no podía someterse de ningun modo á Enrique IV, jefe, cabeza, brazo de la nueva religion, por todos los parisienses aborrecida y rechazada. Pues, no digamos cuál seria el horror de Felipe, al ver que no bastaba la familia de los Tudores en el trono de Inglaterra; la familia de los Oranges al frente de la República holandesa; los sucesores de Calvino en Ginebra; los príncipes de Brandeburgo y de Sajonia en el Norte y en el centro de Alemania; Dinamarca y Suecia tomadas tambien del vino nuevo de las ideas protestantes; sino que Francia, el centro de toda Europa, el pueblo cristianísimo, el mediador plástico entre todas las razas europeas, nuestra vecina por las cordilleras pirenaicas y por las tierras flamencas, iba tambien á caer en la herejía y á servir como de pábulo á la revolucion universal. Aquellos ligueros, especie de soldados españoles por completo adscritos á la política del Escorial, en sus procesiones dentro de Paris, apagaban los cirios con los piés, pidiendo al apagarlos y extinguirlos que de igual suerte se apagaran y extinguieran los Valois por herejes; y de manos á boca topaban con otros herejes mayores, con los Borbones de Navarra. La Liga y Felipe debían poner formal empeño en que tal daño no sucediese al catolicismo, y no diesen las guerras civiles tan venenoso fruto. Lugarteniente de Felipe II

el duque de Mayenne, generalísimo de las tropas ligueras por el asesinato de Guisa, convino con el Rey de España en todo cuanto este deseaba para impedir el triunfo de un Rey hugonote. Felipe llevó tan léjos la invencible repugnancia de su corazón al monarca bearnés que no dudó en desconocer el principio hereditario, base de las monarquías, y en reñir con el Papa Sixto V por creerlo inclinado á la solución de él tan combatida. Por consiguiente, mandó al duque de Parma que dejase las operaciones militares en los Países Bajos, donde su arrojo y su prudencia le habian conservado las Provincias católicas de Flandes, y se dirigiese con todo empeño y toda rapidez hácia Paris á sostener á los ligueros en la capital sitiada y á impedir que sacara Enrique IV las ventajosas consecuencias contenidas en victorias tan brillantes como la victoria de Ivry. Dos veces levantó Alejandro Farnesio el sitio de Paris en dos campañas, las cuales, por los prodigios de su estrategia y de su táctica, solo hallarán sus semejantes en la historia unos siglos mas tarde, cuando aborte la naturaleza el singular genio guerrero de Napoleon Bonaparte. Pero la Providencia se volvió contra Felipe. Así como los vientos, y no los ingleses, desbarataron la armada invencible, la muerte, y no la derrota, concluyó con el invencible Farnesio. Cuarenta y siete años tenia en el año de su muerte; y habia ilustrado ya su nombre con hechos dignos de los primeros capitanes del mundo. Tal pérdida resultó un golpe irreparable á la cabeza del Rey de España. Y al propio tiempo Paris, que ya se cansaba del sitio, pues hizo pan hasta con polvo molido y sacado de los huesos de los muertos, veía con horror como en el fondo su bravura y su pujanza resultaban cómplices de la dominación extranjera. Sí, Felipe II no solo tomaba plazas tan fuertes é importantes como Calais y otras, sino que pedía la destrucción de los principios contenidos en la ley sálica, principios esencialmente franceses, y el encumbramiento al trono de su hija Isabel Clara Eugenia, como nieta de Enrique II. Tales pretensiones de un lado y de otro la formación de un partido moderadísimo y transigente dentro del catolicismo, dieron un movimiento de reconciliación y de paz entre los dos partidos adversos. Francia se hallaba fatigadísima de la guerra civil y de la guerra dogmática. Muchos ánimos valerosos decaían y se apenaban al ver cómo la nación, la patria, el hogar iban á hundirse deshechos por aquella embravecida

tormenta. Los mas adictos á Felipe II exigian del nuevo Rey una profesion de fe católica. Repugnábale mucho á éste abjurar sus principios religiosos por el codiciado logro de una corona tan espléndida como la corona de Francia, temeroso mas del juicio de la posteridad que del juicio de su propia conciencia. Mas, aparte la poca fe de su espíritu no muy dogmático ni muy firme y seguro en sus creencias, debe considerarse lo ardiente de su patriotismo. Enrique IV decia que, amando tanto como amaba su nacion, dejaríala de buen grado expatriándose definitivamente, si las circunstancias le persuadian á creer una perturbacion constante su presencia en el suelo francés. Así, cuando el Parlamento se reunió para nombrar nuevo monarca, Enrique, receloso de que la corona francesa recayese por acaso en las sienes de una dinastía extranjera como la dinastía española, mandó su abjuracion en oficial pliego diciendo la célebre frase: «Paris bien vale una misa.» Y la oyó en la iglesia donde reposaban las cenizas de sus antecesores, en la iglesia de Saint-Denis. Y al salir de tal misa, pudo experimentar la eficacia del santo misterio católico, viendo cómo se partian para siempre de Francia las tropas españolas. El combate gigantesco agotó las fuerzas colosales de Felipe II, quien tuvo que firmar la paz de Vervins, reconociendo á la dinastía de Borbon. Esta no pudo hacer mas por sus compromisos tradicionales que firmar el Edicto de Nantes, cuyos cánones reconocian la única tolerancia religiosa posible y fácil en siglo tan perturbado y supersticioso como aquel gran siglo. La derrota de la Liga, es, despues de todo, la derrota completa de la reaccion religiosa. Los jesuitas, motores de todos estos acontecimientos, habian mucho influido en su desarrollo, pero no habian ganado nada en definitiva. La historia humana es un conflicto perpetuo entre la reaccion y la revolucion; y aunque las victorias parciales pertenezcan á la reaccion, las victorias grandes, supremas, definitivas, inapelables, pertenecen por una ley providencial, pertenecen á la revolucion.

CAPITULO XVII

LA REACCION CATÓLICA EN EUROPA

Veamos ahora el estado de Inglaterra, y enlacémoslo con el estado general de Europa, y los sucesos de Alemania, Italia, Francia, España y Holanda, en los anteriores párrafos de esta nuestra historia, descritos y relatados.

Imposible deducir la Escocia del siglo décimosexto por la Escocia del siglo décimonono. La Naturaleza eterna no habrá cambiado mucho, pero ha cambiado la sociedad extendida en esta Naturaleza. Bramarán los mares del Norte por sus bravías costas; sobre los fundamentos de granito se levantarán colinas graciosas coronadas de bosques, y verdes prados sostenidos por una humedad perpetua; el oscuro melezo extenderá sus pirámides en las enriscadas breñas, y el brillante roble sus metálicas hojas y sus graciosos ramajes por las suaves honduras; en el fondo de los valles se adormirán tranquilos y risueños los lagos, mientras allá en la cima de los montes se tenderán tenues y opaladas las nieblas; inspirando así melancólicos sonos á una música pastoril y esmaltes varios á una poesía fantástica. Pero si la Naturaleza material permanece inmóvil, en cambio el mundo social ha variado completamente. Nada entonces de las grandes ciudades que compiten hoy en hermosura con las mayores de Inglaterra; nada tampoco de la industria erigida por dos siglos seguidos de libertad y de trabajo; nada ciertamente de la cultura sobrepuesta en aquel suelo privilegiado por reveladores como Knox, por poetas como Byron, por novelistas como Walter Scott, por filósofos de la escuela escocesa, reinante muchos años con verdadero imperio sobre una parte considerable de la ciencia europea. Tierra boreal casi en una isla ya del Nor-